



El destino de las nuevas sociedades industriales está sólo en nuestras manos

The fate of the new industrial societies is only in our hands

Marià Corbí*

Resumen

En sociedades de innovación y cambio no podemos repetir el pasado, hay que prospectar el futuro posible para poderlo proyectar. Para ello hay que elaborar un saber lo más preciso posible del tratamiento de lo axiológico, en general, y de la cualidad humana, que nuestros antepasados llamaron espiritualidad. Partimos de nuestra condición de vivientes que hablan, con todas las consecuencias que eso tiene para nuestro acceso a la realidad. Contamos con la lingüística para conocer la formalidad de lo axiológico. En las nuevas sociedades no hay ningún determinismo, pero sí hay condicionamientos creados por nuestras formas concretas de sobrevivir. No pretendemos hacer filosofía de la historia sino epistemología axiológica. No podemos rechazar el crecimiento acelerado de las tecnociencias, pero podemos adquirir la cualidad humana suficiente, individual y colectivamente, para conducir esas tecnociencias y sus consecuencias adecuadamente.

Palabras clave: Epistemología Axialógica. Sociedades de Conocimiento. Cualidad Humana. Espiritualidad. Tecnociencias.

Abstract

Societies based on innovation and change cannot repeat the past, the future has to be prospected to be able to project it. This requires developing a knowledge -as accurate as possible- about the axiological processing in general, and about the human quality that our ancestors called spirituality. Our starting point is the human speaker condition, through which we have access to reality, and all the consequences that arise from this fact. Linguistics allows us to know about formality of the axiological. In the new societies there is no determinism, but there are constraints created by our concrete ways to survive. We do not intend to do philosophy of history but axiological epistemology. We cannot reject the extremely fast growth of technosciences, but we can acquire enough human quality, individually and collectively, so as to conduct properly these technosciences and their consequences.

Keywords: Epistemology Axiological. Knowledge Society. Quality Human. Spirituality. Technosciences.

Artigo recebido em 17 de novembro de 2011 e aprovado em 05 de dezembro de 2011.

* Doctor en filosofía y Licenciado en teología, director del Centro de Estudio de las Tradiciones de Sabiduría (CETR), profesor de ESADE, en la Fundación Vidal y Barraquer y en el Instituto de Teología Fundamental de Barcelona. Epistemólogo de las formaciones axiológicas, ha dedicado toda su vida al estudio de las consecuencias ideológicas y religiosas de las transformaciones generadas por las sociedades postindustriales y de innovación. Espanha. E-mail: mcorbi@cetr.net

Introducción

Comienzo este artículo dando las gracias a mi apreciado amigo el Profesor Alberto da Silva Moreira por haber tenido la amabilidad de comentar mi pensamiento en su artículo: “Religiosidade laica: uma introdução ao pensamento de Marià Corbí” (MOREIRA, 2010).

Lo que escribo a continuación es un diálogo amigable con él para aclarar algunos asuntos que mis libros pueden haber dado pie a su interpretación y que me parece que requieren algunas mayores aclaraciones y precisiones. Agradezco al Profesor Moreira que me haya dado la ocasión para hacer estas breves reflexiones.

1 Hacia una epistemología axiológica

En mis escritos no pretendo hacer una historia del género humano, sino sólo construir elementos para una epistemología axiológica capaz de generar una teoría del valor y de sus transformaciones, para encontrar las leyes que rigen esas construcciones y transformaciones, a fin de poder dar respuesta a nuestra situación axiológica actual.

Mis teorías parten de la naturaleza del viviente que habla, que somos los humanos. Como en el caso de todos los animales los grandes cambios de especie se deben a los diversos instrumentos con los que la vida les dota para sobrevivir en el medio; algo semejante ocurre con nuestra propia especie. Estamos sometidos a esa ley general. Nuestros grandes cambios de cultura son equivalentes a los cambios de especie de nuestros parientes animales. Este punto de partida de epistemología axiológica, con especial atención a la lingüística y a la antropología, no tiene ningún parentesco ni dependencia de las teorías marxistas.

Estamos sometidos a nuestra condición de vivientes necesitados y simbióticos. Las formas cómo satisfacemos nuestras necesidades colectivas tiene una influencia decisiva en todas nuestras maneras de pensar, sentir, actuar y organizarnos. En nuestra condición humana hay unos factores que son determinantes, -como ser necesitados, tener en parte indeterminada nuestra naturaleza y tener que crear programas colectivos aptos para sobrevivir de unas formas concretas-, y otros factores que deben ser creación nuestra.

No tener fijada genéticamente nuestra naturaleza, nos hace animales inviábiles. La lengua es el instrumento con el que completamos nuestra indeterminación. Tener que construir nuestra propia naturaleza viable como vivientes es ya una gran creación que no viene fijada genéticamente. Dentro de unos condicionamientos de sobrevivencia idénticos, por ejemplo, vivir de la caza y recolección, se crean mitologías, culturas y religiones muy diferentes. En las condiciones de vida agrario-autoritarias también se generó una gran diversidad que surgió de unos mismos condicionamientos. De unos mismos modos básicos de sobrevivencia surgieron culturas tan diversas como las de Sumeria, las diversas culturas mesopotámicas, la cultura egipcia, la mesoamericana, la china, etc. No se puede hablar de determinismo, pero sí de condicionamiento.

El papel condicionante de los modos de sobrevivencia es indiferente si se usan unas máquinas y procedimientos con mucha masa material o se usan máquinas burdamente materiales, más sutiles, más virtuales. Tanto condicionan al viviente humano las pesadas máquinas de la primera revolución industrial, como los sutiles procedimientos informáticos. Todos los modos de vida condicionan por igual, aunque los condicionamientos sean muy diferentes según los medios de sobrevivencia en el medio.

En esta actitud teórica no hay ninguna postura mecánica y determinista, porque a los condicionamientos inevitables de nuestros modos de sobrevivencia, debe seguirles imprescindiblemente la creación de postulados y proyectos colectivos. Estos postulados y proyectos se construyeron a lo largo de grandes espacios de tiempo e inconscientemente, o en cortos espacios de tiempo y conscientemente. Se interpretarán como heterónomos o como autónomos, por necesidades de programación, según se trate de sociedades estáticas o dinámicas, pero siempre son creación humana y siempre presentarán una gran diversidad, incluso dentro de unos mismos condicionamientos.

La cultura siempre es una construcción que completa nuestra indeterminación genética, en función de nuestra sobrevivencia colectiva. Somos animales culturales. Pero la construcción que se hace en cada caso no viene determinada por lo biológico, es siempre construcción que puede ser adecuada o inadecuada para lograr la sobrevivencia. En la historia ha habido construcción de proyectos colectivos que han conducido al desastre, como por ejemplo el nazismo, la cultura asiria, los grandes imperios nómadas

centroasiáticos, el capitalismo salvaje explotador de colectivos y de la naturaleza que amenaza con llevarnos a la ruina

Toda cultura tiene función biológica, pero es siempre construcción nuestra; es una construcción de modelos que o pueden estar mal contruidos o tener una duración limitada, porque las circunstancias cambien por las creaciones científicas, por los movimientos de pueblos, por el cruce de modelos diversos, por imposición de uno por la fuerza, o porque los más adecuados terminan barriendo a los menos aventajados.

Las construcciones siempre son nuestras, con todos los riesgos que comportan. Dependen siempre de la cualidad de los constructores. Si en mis teorías pensara en una determinación biológica no estaría reclamando cualidad humana y cualidad humana profunda para poder plantear y construir postulados y proyectos axiológicos adecuados a las nuevas condiciones de sobrevivencia impuestas por las nuevas tecnologías.

El modelo explicativo de las culturas y sus transformaciones no está calcado de las bases biológicas, sino condicionado por ellas. Con unos mismos condicionamientos preponderantemente ganaderos pueden construirse culturas tan diferentes como la árabe, la mazdeista o la judía. Se podrían multiplicar los ejemplos.

Con una base cultural de sociedades de conocimiento se puede construir tanto una cultura de explotación de los pueblos y del medio, como una cultura que promoviera la comunicación solidaria en una sociedad global. Se podría construir una cultura que destruya irreparablemente el medio o que haga del medio un jardín.

Los mismos condicionamientos básicos pueden dar lugar a unos postulados axiológicos, y sus proyectos derivados, u otros totalmente diversos o incluso contrapuestos.

2 Necesitamos cultivar la espiritualidad, pero dentro de la crisis de las religiones

La necesidad de cultivo de la dimensión absoluta es intrínseca a la estructura humana. Sin ella quedaría dañada nuestra condición específica de vivientes que es tener una doble noticia y experiencia de la realidad: una relativa a nuestras necesidades y otra absoluta, no relativa a nuestras necesidades. Por consiguiente, supuesta esta estructura de nuestra condición, de la que depende la flexibilidad de nuestra especie en sus respuestas al medio, las sociedades de conocimiento, que sobreviven mediante las tecnociencias en

continua transformación, también tienen necesidad de cultivo de esa dimensión. No podremos llamarla como nuestros antepasados “espiritualidad” porque el término corresponde a una antropología de cuerpo y espíritu que ya no es, de hecho, la de las nuevas sociedades.

Continúa habiendo necesidad de cultivo de la espiritualidad, pero los grandes modelos de ese cultivo, propios de las sociedades preindustriales, han entrado en crisis. No es una suposición, lo confirman los datos, aunque no en todas las partes del mundo por igual. La misma proliferación de grupos religiosos alternativos, sincréticos, de nueva creación, etc., son prueba de esa afirmación.

Estamos en una situación semejante a la de los finales del Imperio Romano. En esa época la religión romana, que duró centenares de años, más o menos helenizada, hizo crisis. Entonces florecieron en el Imperio todo tipo de sectas y cultos iniciáticos nacidos en el mismo ámbito griego, o tomados de Egipto, de Siria, de Persia. En esa situación se difundió el judaísmo y el cristianismo, hasta que se impuso un modelo único: la versión constantiniana del cristianismo.

Ahora ocurre algo semejante. Las soluciones que las gentes se buscan, movidas por ansia del cultivo de la dimensión absoluta, o como refugio para una sociedad de riesgo que abandona a los individuos y que margina a grandes masas de población, se multiplican. El surgimiento de integristas religiosos o nacionalistas, o de sectas más o menos coherentes, son, en no pocos casos, como patologías sociales que acompañan a las sociedades de riesgo y globalizadas que amenazan las identidades particulares.

Todos estos fenómenos son muestras de la crisis de los grandes modelos religiosos tradicionales. No son argumento en contra de la crisis de las religiones, entendidas y vividas a la manera de nuestros antepasados, sino prueba evidente de esa crisis.

La crisis puede presentarse de diversas formas: como crecimiento del agnosticismo; como abandono de la religión tradicional, sea como abandono sólo de la práctica habitual de sus rituales, o como abandono también de los mitos y símbolos como sistemas de interpretación, valoración actuación y organización del todo social; también como abandono de las formas de cultivo tradicionales de la espiritualidad; o, por último, como estallido de esa unidad en multitud de sectas que aparecen y desaparecen, que se multiplican continuamente. En esa pluralidad de sectas se transita, con mucha facilidad, de

unas sectas a otras. ¿Son estos fenómenos pruebas de la vigencia de las religiones o son prueba clara de su crisis? Yo creo lo segundo.

Las grandes religiones de las sociedades pre-modernas, estructuradas, expresadas y vividas en mitos símbolos y rituales adecuados a formas de pensar, sentir, organizarse y actuar propias de sociedades preindustriales, estáticas, patriarcales, provinciales, exclusivistas y excluyentes, difícilmente pueden adaptarse a sociedades posindustriales, dinámicas, no patriarcales, a sociedades globales que no pueden permitirse ni los exclusivismos ni las exclusiones, sin serios riesgos.

Los modelos culturales que en el pasado se expresaron en moldes míticos con sus consecuencias en la interpretación, valoración de la realidad, en la actuación y organización tienen ámbitos de valencia limitados, nacen y mueren. Las posibilidades de transformación, como los de los modelos científicos, son limitados y necesitan, en ocasiones, ser abandonados y sustituidos por otros, muchas veces radicalmente diferentes. Tanto en las ciencias como en las artes esto es válido y se ha vivido con frecuencia. También ocurre lo mismo con los moldes culturales en los que se vive la espiritualidad.

Lo cierto, y que hemos defendido desde siempre, es que el vino que esos patrones del pasado contienen, la espiritualidad, la cualidad humana profunda, no parece ni está sometido a los avatares de las transformaciones culturales. Hay que heredar el vino de esas copas, sabiendo que las copas son percederas y que hay que tenerlas como tales. No podemos ofrecer a las nuevas generaciones el sagrado vino, en copas que son ya carne muerta o gravemente enferma, porque no lo podrán aceptar. Y digo que “no lo podrán aceptar”, no que no quieran aceptarlo.

Casos como los del budismo, de algunas corrientes hindúes como el vedanta, el yoga, o el taoísmo clásico, -no el de la religión taoísta-, son especiales; no se ha dado en Occidente algo semejante. Son corrientes espirituales que no ejercen las funciones que tuvieron las religiones. No son sistemas de interpretación y valoración que funcionen como sistemas de programación colectiva; son corrientes de pura iniciación espiritual. Aunque también esas corrientes, no pocas veces, se convirtieron en sistemas religiosos, como fue el caso del lamaísmo en el budismo tibetano y en el budismo popular del sudeste asiático. En general, esas corrientes espirituales convivieron con religiones de estructura agrario-autoritaria como la del cristianismo.

Con frecuencia en las sociedades Occidentales se toman elementos de esas tradiciones que originariamente estaban dedicadas al cultivo del espíritu, como técnicas de meditación, y en el peor de los casos como sistemas de pura relajación, de belleza, de desarrollo personal, de cultivo del cuerpo.

Al enjuiciar estos movimientos hay que distinguir con claridad lo que son religiones al estilo de las de nuestros antepasados, de lo que son corrientes espirituales, más o menos bien interpretadas y vividas.

De nuevo la rápida expansión de las diversas formas de yoga, de las diversas formas de budismo, de movimientos vedantas, de sistemas de estructura chamánica o incluso, sobre todo en Europa, del sufismo islámico, vuelven a ser prueba de dos cosas: primero, de la necesidad de cultivo de la espiritualidad sentida por las gentes en formas que no comporten creencias, ni dioses, ni fidelidades a iglesias y, segundo, de la poca o nula capacidad de las religiones tradicionales para satisfacer esas necesidades.

No veo que la proliferación de estos movimientos, y de otros muchos que prestan refugio a la intemperie de las nuevas sociedades, sea argumento válido en contra de las afirmaciones de la crisis de las religiones, sino, por el contrario, las avalan.

No afirmo que la situación esquizofrénica que supone vivir con religiones que corresponden a maneras de vivir, pensar, y sentir de sociedades preindustriales, estáticas, patriarcales, provinciales y exclusivistas en unas sociedades cuya estructura es opuesta a esos rasgos, deban acabar. No hablo nunca de deberes ni de predicciones de futuro; sólo afirmo que la lógica interna de esas situaciones conduce a eliminar actitudes esquizofrénicas. Las situaciones esquizofrénicas, no creo que tengan futuro a medio y largo plazo.

Mis planteamientos no hacen nunca predicciones de futuro. Sólo analizan la lógica de los acontecimientos para poder prever y poder, a partir de ahí, crear postulados y proyectos adecuados a esas lógicas internas.

3 En las nuevas condiciones culturales no es probable que nazca una nueva religión

Afirmo que no habrá una religión nueva, a la manera tradicional, que sustituya a las viejas grandes religiones. No afirmo que no se den intentos de sustitutos más o menos espúreos. Sostengo que en las nuevas sociedades industriales de innovación y cambio continuo en todos los niveles de la vida de los individuos y los colectivos, no aparecerá una nueva religión que cumpla los papeles de las antiguas: suministrar un sistema de interpretación y valoración de la realidad, un sistema de organización familiar y social, un sistema de comportamiento y moralidad y, a la vez, unos modos precisos de conducta, representación e iniciación a la dimensión absoluta de la realidad, y todo como una unidad. Eso no volverá a ocurrir. Y esto no es predicción de futuro sino prospección de futuro; son dos cosas muy diferentes.

En este sentido, y sólo en este sentido, no habrá sustituto de las grandes religiones. Esa afirmación no excluye, sino todo lo contrario, que se intente llenar los papeles que hicieron las antiguas y grandes religiones con todo tipo de sustitutos.

Estoy de acuerdo con Moreira en que el campo dejado libre en el plano cultural, social, moral e incluso político se intenta rellenar con todo tipo de sustitutos. Estamos viviendo esta situación. Pero esto no va en contra de mi afirmación, sino al contrario, muestra, una vez más, que el campo amplio, complejo que cubrían las religiones está quedando vacío y ocupado por todo tipo de movimientos y fenómenos sociales.

Lo que sostengo es que, supuesto el papel de las ciencias y tecnologías en la interpretación de la realidad, en la continua modificación de nuestros modos de vida y, por tanto, de los modos pensar, sentir, organizarnos y vivir, no parece haber posibilidad para que una religión se presente como sistema de creencias, interpretaciones, valoraciones, organizaciones y comportamientos fijados, intocables, que impongan proyectos de vida colectiva e individual revelados e inmutables.

Por otra parte, esos sustitutos no alcanzan a suplir lo que constituyó la fuerza de las tradiciones religiosas capaz de mantenerlas vivas y operantes durante milenios: el vino que contenían esas mortales y venerables copas. Esa fue su fuerza, no sus promesas de felicidad, ni la exigencia de fidelidad, ni la ritualización de la vida cotidiana.

Es cierto que la sociedad capitalista de mercado fabrica sueños, ofrece la felicidad, intenta imponer los valores que le interesan para vender más y mejor, promueven la confusión del tener, con el ser, etc. Pero, ¿Se puede llamar a todo eso, que es mercadotecnia, sustituto de la religión? Es cierto que muchas personas llenan su vacío espiritual con esos productos ofrecidos por los mercaderes. Pero creo que llamar a estas cosas “sustitutos de la religión” o “nuevas religiones laicas”, puede conducirnos a crear confusiones terminológicas que no nos serán útiles para solventar el problema que genera la retirada de las grandes formaciones religiosas milenarias.

Estamos frente a una crisis provocada por una de las mayores transformaciones de los sistemas de vida y de cultura de la humanidad ocurridos a lo largo de toda la historia de nuestra especie. Por ello, creo de suma importancia, para intentar solventar un problema tan grave como el que se nos presenta, afinar lo más posible la terminología para poder plantear correctamente la cuestión, porque un problema bien planteado está medio resuelto y mal planteado no hay quien lo resuelva. Según este principio, opino que hay que afinar la noción de religión, de cualidad humana y de tránsito cultural.

Con toda seguridad, la nueva situación de desmantelamiento axiológico y espiritual puede resultar ser una situación peor y menos liberadora que los viejos sistemas de creencias, sumisiones, exclusiones y enfrentamientos religiosos. Pero no hay que olvidar que lo que es inadecuado a una situación cultural, no puede sostenerse ni a mediano ni a largo plazo. Como consecuencia, no hay que rehuir las crisis sino afrontarlas con decisión y valentía. Ocultar la crisis, no tomarla con toda la seriedad que exige, o mitigarla para no tener que enfrentarse duramente con ella, es la peor de las soluciones que se pueden adoptar, porque la realidad es tozuda y no se deja reducir.

4 La ambigüedad de las nociones de “religión” y de “experiencia espiritual”

En mis escritos utilizo el término “religión” para referirme a un fenómeno colectivo, no a las soluciones que las personas particulares pueden crearse. Volvemos a encontrarnos con la dificultad de la polivalencia que puede implicar el término “religión” y el término “experiencia espiritual”.

Somos seres simbióticos y sociales incluso en lo referente a las experiencias espirituales. Para acceder a ellas, dependemos de formas sociales de enseñanza, cultivo y expresión, como dependemos igualmente de una lengua colectiva, de una cultura colectiva o de unas instituciones políticas.

Sin embargo, estoy de acuerdo con Moreira que en todas las épocas, y más en la nuestra, las personas particulares, aun contando con las instituciones sociales y religiosas, en definitiva se las tienen que “arreglar” como pueden, y eso ocurre con mucha más fuerza en épocas de dismantelamiento axiológico colectivo. En nuestras sociedades europeas, la mayoría de las personas no tienen religión, aunque se digan católicos o protestantes, sino a lo más un “colage” de elementos desarticulados y, en muchos casos, ni siquiera religiosos, sino sólo, como Moreira mismo dice, “para-religiosos”, como puede ser creer en la reencarnación, en los horóscopos, celebrar la Navidad montando el árbol de Navidad o llevando a los niños a ver al Papá Noel en algunos grandes almacenes.

No llamo a estas cosas “experiencia espiritual”, a menos de que hagamos del término algo inmanejable por su enorme ambigüedad. En la situación en que vivimos, unos pocos buscadores se las “arreglan” como pueden para conseguir cultivo espiritual con soluciones más o menos viables. Esa minoría buscadora, que en Europa es ya una minoría bastante amplia, no acude a las grandes iglesias para encontrar la solución que buscan. Esa vía la dan por descartada. Buscan por otros caminos: en escritos budistas, hindúes, en el yoga, en el sufismo, en movimientos de realización personal, o se acercan a alguno de los innumerables grupos que ofrecen, en el mercado de ofrecimientos espirituales o pseudo-espirituales, productos más o menos coherentes y honrados.

Las religiones han entrado en una crisis grave, han perdido su prestigio incluso espiritual, han creado un vacío que las gentes intentan llenar como saben y pueden. Permanece la necesidad de algún tipo de cultivo de nuestro acceso a la dimensión de lo real no relativa a nuestras necesidades, a la dimensión absoluta, porque es constitutiva de nuestra estructura humana y precisa algún tipo de cultivo, si no queremos perder algo que constituye nuestra “cualidad específica” como seres vivientes.

Lo que ha hecho crisis no es esa necesidad, sino las formas colectivas acreditadas y válidas para que la gran mayoría pueda tener ese acceso. Es la función que cumplieran en el pasado las grandes religiones la que está en crisis.

La solución a este problema que estamos buscando es crear un equivalente colectivo de aquellas grandes soluciones que fueron las religiones, pero sin la estructura que tuvieron, porque es inviable en las nuevas sociedades de innovación y cambio continuo. Hay que buscar una solución que herede el vino de sabiduría del pasado, pero que tenga unas formas adecuadas a las nuevas sociedades industriales globalizadas.

De nuevo vuelve a tener razón Moreira, cuando duda de que la exigente y rica espiritualidad, no ya propuesta por mí, sino por Jesús de Nazaret, por Mahoma, por el Buda, por los grandes Rishis hindúes, sea fácilmente asimilable para grandes parcelas de la población. Pero hay algo que no debemos olvidar nunca y es que esos grandes Maestros del espíritu vieron, como lo estamos viendo nosotros, el desfase entre lo que proponían y lo que las culturas de su tiempo habían hecho de los humanos. Sin embargo, ellos hicieron su oferta, no para una elite, sino para el pueblo, para las masas incultas e incluso embrutecidas por la opresión, la explotación y la marginación.

Jesús predicó el Reino de Dios a los pobres y miserables de un rincón del Imperio Romano, los judíos; y sus discípulos lo ofrecieron al explotador y despiadado Imperio Romano mismo. Jesús hablaba de la vida eterna, que es el conocimiento del Padre, el Innombrable, a los pobres, y el Buda y los Rishis hindúes predicaban el conocimiento desde la más absoluta desegocentración a las pobres masas indias.

¿Tenemos que concluir que esos Maestros, y otros muchos que les siguieron, eran unos utópicos sin idea de la realidad social y cultural en que vivieron y hablaron? No lo creo. Ellos pretendían enderezar a los humanos para que vivieran en verdad lo que, como decía el Buda, era “su naturaleza original”. Los Maestros sabían del aliado de sus enseñanzas que todo hombre lleva dentro de sí. Sabían que el sutil mensaje del que hablaban tenía profundas resonancias en el interior de las personas y de los colectivos.

Lo que caracteriza nuestra especie es el acceso a la doble dimensión de lo real. Todos, absolutamente todos, a menos de que estemos reducidos a una condición próxima a los animales, tenemos una noticia, explícita muchas veces y más frecuentemente implícita, de la dimensión absoluta de todo lo real. Los Maestros hablando de esa dimensión, la despiertan, la muestran en sus palabras, obras y en su propia vida. Los Maestros muestran fuera, en ellos mismos, lo que somos dentro.

Por consiguiente, si queremos que nuestras sociedades mejoren, si queremos que los individuos manejados por el capital y el mercado envilecedor, se liberen, debemos seguir el ejemplo de los grandes Maestros y confiar, sin reservas, en el fondo de cada hombre y de cada colectividad.

Además, nuestras sociedades están pidiendo a gritos espiritualidad; sin ella el poder creciente de nuestras tecnociencias, en manos de aprendices de brujo sin cualidad, nos destruirán a nosotros y destruirán nuestra amada tierra.

Los que se consideran discípulos y seguidores de esos Maestros han de adoptar la misma postura que ellos. Jesús predicaba el Reino de Dios al Imperio Romano, a nosotros nos toca hacerlo a la sociedad científico-tecnológica, informatizada y global, manejada por el neo-capitalismo. Nos puede parecer que estamos en peor situación que Jesús, pero no lo creo. Los humanos hemos sido igualmente depredadores despiadados, tanto individuos como colectividades, en todas las condiciones culturales. Ellos no se rindieron, ni nosotros tampoco podemos hacerlo. Ellos tuvieron una fe completa en la posibilidad de las personas y los colectivos, nosotros debemos seguirles en eso.

Es cierto que las gentes han buscado en las religiones librarse de sus temores, del miedo a la muerte o han buscado ayuda para las dificultades de sus vidas. Jesús se encontró con ese reclamo en las masas que le seguían y se cansó de ellos, pero continuó ofreciéndoles siempre algo más alto que no pocos comprendieron.

Moreira teme que los rigen las sociedades de la tecnociencia, manejadas por el mercado, no tengan interés en crear personas fuertes, capaces de autonomía y de crítica. Es cierto, los que controlan este tipo de sociedades no tienen interés en tenerse que enfrentar con esos tipos humanos. Tampoco los sistemas de educación, que están al servicio de ese tipo de sociedades, educan para esa libertad y autonomía. Pero hay una esperanza -¡siempre hay una esperanza!- las mismas sociedades de continua innovación empiezan a sentir fuertemente la necesidad de hombres persistentes, autónomos, libres, críticos, creativos. Incluso las empresas lo han advertido y empiezan a reclamarlo.

No hay creatividad posible sin libertad y autonomía. No hay que desanimarse mirando sólo al mercado, hay que mirar lo que está naciendo y desarrollándose por debajo e independiente del mercado: la necesidad urgente de una nueva humanidad creativa, responsable del medio, verdaderamente democrática y, por tanto, libre y crítica. Eso está ya

ahí presionando por la misma lógica de las sociedades de conocimiento globalizadas. También ahí hay aliados.

5 Hay que prospectar para poder proyectar

Tiene razón Moreira cuando dice que crear un patrón claro e inequívoco para determinar el futuro posible de las religiones o su crisis es difícil. El análisis de la situación de las religiones y de las actitudes de los colectivos respecto a ellas es tarea sumamente compleja y, por consiguiente, crear patrones de análisis de fenómenos sociales de ese calibre es difícil. Todos los intentos son siempre teorías y las teorías son siempre falibles, y más en ese terreno.

Digo explícitamente en mis escritos que no pretendemos hacer profecías sobre el futuro. El futuro de estas temáticas depende de tal cantidad de variables que no se puede predecir nunca con seguridad. Lo que sí se puede hacer, y en las sociedades de innovación y cambio hay que hacer, es prospectar, analizando las corrientes y fuerzas que están operando en la sociedad, para poder hacer un proyecto, que tendrá que corregirse al paso de las transformaciones de nuestras sociedades.

Nuestra actitud no tiene nada de peculiar y nuevo; en las sociedades de innovación y cambio continuo, las sociedades de conocimiento informatizadas y globalizadas, todas las instancias sociales han de proceder así. Nadie sabe cuál será el hecho real en el futuro, pero en las nuevas sociedades el futuro no viene solo, repitiendo el pasado, el futuro hay que construirlo y la única manera de hacerlo es prospectando, para poder postular y construir proyectos.

Podríamos decir que en las sociedades industrializadas podemos señalar algunas de las causas principales de la crisis de las religiones, y podemos señalar algunos de los rasgos importantes que las tecnociencias están introduciendo en las maneras de pensar, sentir y organizarse los colectivos y los impactos que estos hechos tienen sobre el mundo axiológico en general y, en concreto, sobre la religión, pero el futuro de la cualidad humana, de la espiritualidad, hablando en el lenguaje de nuestros mayores, será construcción nuestra. En esa tarea, nuestras prospecciones y proyectos son eso, prospecciones y proyectos, que quizás puedan convertirse en hechos, pero todavía no lo

son, y si lo son, es en forma larvaria, de inicio que puede ser desviado, torcido o quizás, con suerte, realizado.

Es cierto que la mayoría de los ciudadanos del mundo practican alguna forma de religión. Pero tampoco ese hecho puede aceptarse sin más. La crisis de la religión ha venido, donde se ha producido, de manos de la completa industrialización y del asentamiento simultáneo de las sociedades que prosperan creando nuevas ciencias, nuevas tecnologías y, a través de ellas, nuevos productos y servicios, que cambian las formas de vida de las gentes. Si la industrialización es minoritaria o sólo parcial en una sociedad, eso quiere decir que todavía viven grandes masas sociales en condiciones preindustriales, más o menos alteradas, y, por tanto, las religiones tienen humus donde asentarse. Por consiguiente, según esta argumentación, sabemos que la mayoría de las sociedades de la tierra todavía no han entrado en sociedades plenamente industrializadas y, por tanto, es lógico que continúen siendo religiosas. Pero es lógico también prever que todas esas regiones y países vayan pasando a unas condiciones de vida semejantes a las de los países desarrollados industrialmente. Incluso esta precisión lógica está sometida al comportamiento político de los países, en especial de los más poderosos. Pero si uno no es rematadamente pesimista, si tiene un mínimo de confianza en la especie humana, la prospección diría que lo que ha ocurrido en los países europeos puede pasar en otros muchos lugares; porque lo que nos ocurre a nosotros, los europeos, no es porque seamos europeos o porque seamos especialmente materialistas y perversos, sino por las condiciones de vida a que nos ha llevado la marcha de la cultura conducida por las generaciones que nos precedieron.

Considero que la espiritualidad, la noticia y cultivo de nuestro acceso a la dimensión absoluta es intrínseca a nuestra estructura antropológica, derivada de nuestra condición de hablantes e imprescindible para conservar nuestra flexibilidad frente al medio, y más en unas sociedades de innovación y cambio constante. La doble experiencia de lo real es nuestra cualidad específica como vivientes. Tiene pues una función de sobrevivencia. En ese sentido está garantizada en unos niveles mínimos; no lo está en una dimensión más honda, que es la gran posibilidad humana, si no se crean condiciones adecuadas para un cultivo que deberá ser de alcance colectivo.

6 El crecimiento de las tecnociencias muy posiblemente es imparable

Queda un último punto que tratar: ¿Puede frenarse el crecimiento constante de las tecnociencias? Y si no se las puede frenar, ¿Podrían obviarse sus consecuencias en la vida de las gentes? No creo que sea realista pensar que eso es posible. Las iglesias lo han intentado muchas veces en los últimos siglos, sin conseguirlo.

No se puede olvidar, al enfrentar este problema, que los humanos somos unos vivientes necesitados y que cuando algo resulta eficaz para la satisfacción de las necesidades, se adopta. Así ha ocurrido a lo largo de la historia con la aparición de la agricultura, de la industria, etc. Ahí no hay ningún determinismo sino es las necesidades de sobrevivencia de nuestra especie. La experiencia nos da que lo que se puede hacer se hace, tarde o temprano, oficialmente o al margen. Lo que ha corrido en el pasado, y que tiene una lógica, es de suponer que ocurrirá en el futuro.

Las sociedades de conocimiento no son ni buenas ni malas, depende del uso que hagamos de ellas. Y eso es una cuestión de postulados y proyectos axiológicos colectivos, que nadie nos dará hechos, sino que nos los tendremos que construir nosotros a propio riesgo. Por consiguiente, ese nuevo modo de sobrevivir en el medio, mediatizado por unas tecnociencias muy poderosas, puede ser nuestra ruina, incluso del planeta, o la posibilidad para construir una sociedad mejor.

Sea cual sea el uso que se haga de este tipo de sociedades, lo que parece inevitable es que no se puedan vivir las religiones como un proyecto de vida individual y colectiva revelado por los dioses o los antepasados sagrados. El desarrollo acelerado de las ciencias y tecnologías y las consecuencias que tienen, creando sociedades dinámicas de cambio continuo, impiden esa forma de vivir las religiones. Se podrá heredar su sabiduría, el vino que llevaban esas copas, pero las formas culturales en las que nacieron se desarrollaron y vivieron, no podrán ser asimiladas. Supuestas estas limitaciones, la espiritualidad podrá adoptar formas diversas y no homogéneas.

Al hacer estas afirmaciones no estoy haciendo una filosofía de la historia, sino una prospección cultural y social. En esta marcha de la cultura no hay ninguna teleología ni positivista ni biologista. He formulado claramente que hay que ser conscientes del riesgo que estamos corriendo, que la marcha de la cultura y, en especial, la marcha de las

tecnociencias depende de lo que proyectemos y decidamos hacer con ellas. Si nos empeñamos en heredar la sabiduría de nuestros antepasados es para evitar ese gran mal. Las poderosas tecnociencias, capaces de manipular la vida, la comunicación etc., son instrumentos extremadamente peligrosos en manos de individuos y colectividades sin suficiente cualidad de humanidad que les lleve a amar, respetar y servir a todas las criaturas.

Debiéramos estar atrapados por la urgencia de crear maneras viables y colectivas de cultivo de la cualidad humana en profundidad, heredando el legado de nuestros antepasados para evitar que se den pasos con esos saberes que sean incorregibles. Por desdicha ya los estamos dando con relación al medio ambiente.

Las tecnociencias presentan enormes ventajas positivas y riesgos terribles. Adoptar una postura de rechazo y de intento de frenar el crecimiento de esos saberes y tecnologías no me parecería ni realista ni adecuado. Creo que lo que habría que hacer es ver las posibilidades buenas de las nuevas sociedades industriales y orientarlas en la adecuada dirección. Pueden ser tanto un instrumento de destrucción -¡lo han sido tantas veces!- como de creación, para usar la terminología de Jesús, del Reino de Dios en la tierra. Depende de nosotros, no de la maldad o bondad intrínseca de ese modo de sobrevivir en el medio.

Con las culturas ocurre como con las personas, que ver su lado positivo y fomentarlo resulta más eficaz, para mejorar las cosas, que ver su lado negativo y rechazarlo hasta el punto de no aceptar a la persona.

Coincido con Moreira en que hay obligación moral y espiritual de modificar la marcha que llevan ese nuevo tipo de sociedades en manos de un capitalismo sin piedad. El uso que se hace de esas tecnologías y de la globalización que les acompaña es invasor y de explotación, pero podría hacerse otro uso, aceptando esa nueva manera de sobrevivencia en el medio y tomándola en nuestras manos, para que no fuera ni invasora ni explotadora, sino claramente liberadora de los pueblos, de los individuos, de sus carencias, de sus sometimientos y dependencias.

No veo razonable pensar que el saber y la tecnología, prescindiendo del uso concreto que se haga de ellos, no sea positivo. Si no sabemos apreciarlo como positivo, se lo entregaremos a quienes lo ven como positivo para su propio provecho.

Estoy afirmando en todo momento que el uso que hagamos de este tipo de posibilidades depende de lo que decidamos hacer con ellas, y que esos usos dependen de las prospecciones que seamos capaces de hacer y de los postulados y proyectos axiológicos que construyamos. Estamos en el campo del saber y de la política.

Donde hay vencedores y vencidos no es en el desarrollo de las ciencias y las tecnologías, donde los hay es en el uso económico y político que se haga de ellas. Creo que es imprescindible distinguir estos dos aspectos con toda claridad, si pretendemos solventar el problema y no sólo lamentarnos.

Estamos en todo momento moviéndonos en teorías y, por consiguiente, siempre falibles, pero necesarias, hoy más que en épocas pasadas. En ninguno de mis escritos he defendido que el desarrollo de las ciencias y técnicas solventará todas las dificultades con las que nos encontramos. Esa es una postura que me parece radicalmente falsa, peligrosa e interesada. Siempre he sostenido que la historia, en concreto los cuadros axiológicos y la espiritualidad, no tiene otra marcha que la que nosotros mismos le demos. No hay ningún tipo de teleología ni determinismo, aunque sí fuertes condicionamientos. Todo está en nuestras manos. Todas las cuestiones axiológicas y espirituales están en nuestras manos. Las ciencias y las tecnologías son como los eunucos para solventar los problemas de nuestras sociedades. Como los eunucos, hacen lo que les ordenamos. Y porque lo creo así, he dedicado todo el esfuerzo teórico de mi vida en intentar solventar el que creo que es el problema más grave con el que nos enfrentamos en las nuevas sociedades: el problema axiológico de los constructores individuales y colectivos de esas culturas.

Conclusión

Mi trabajo ha consistido en analizar lo que ocurrió en el ámbito axiológico y religioso en el pasado para aprender de los grandes constructores de culturas, que fueron nuestros antepasados (sin ignorar sus grandes fallos) cómo poder hacer una prospección de las fuerzas que intervienen en la creación del futuro, y poderlo proyectar convenientemente, tanto en su aspecto axiológico como espiritual. A eso no le llamaría filosofía de la historia sino epistemología axiológica.

Simultáneamente a esos análisis, he estudiado constantemente los grandes Maestros del espíritu del pasado, para saber qué es esa cualidad, especialmente la profunda, cómo cultivarla, y cómo evitar los errores en su cultivo, y así saber cómo dotar a las nuevas sociedades de esa cualidad, que les es absolutamente imprescindible, si no queremos que nuestras ciencias y técnicas nos lleven a la explotación de los pueblos y del medio y así a una ruina que puede ser irreversible e irreparable. El riesgo de daños irreversibles masivos es nuevo en la historia de nuestra especie y, por tanto, la urgencia de medios viables y eficaces de cultivo de la cualidad humana es mayor que en ninguna época pasada.

REFERÊNCIAS

CORBÍ, Marià. **El camino interior, más allá de las formas religiosas**. Barcelona: Brouce, 2001.

CORBÍ, Marià. **Hacia una espiritualidad laica: sin creencias, sin religiones, sin dioses**. Barcelona, Herder, 2007.

CORBÍ, Marià. **La necesaria relatividad cultural de los sistemas de valores humanos**. Salamanca: Universidad, 1983.

CORBÍ, Marià. **Para uma espiritualidade leiga**. São Paulo: Paulus, 2010.

CORBÍ, Marià. **Religión sin religión**. Madrid: PPC, 1996.

CORBÍ, Marià. **Towards a lay spirituality**. Barcelona: Verloc, 2010.

MOREIRA, Alberto da Silva. Religiosidade laica: uma introdução ao pensamento de Marià Corbí. **Horizonte**, Belo Horizonte, v. 8, n. 19, p. 21-40, out./dez. 2010.